

Tierra y Libertad

Los dibujantes mediocres contra la F. A. I. Triptico sangriento

Los dibujantes mediocres no perdonan ocasión para meterle al público el empujón de que tienen «ingenio». Y tal es este ingenio del de nuestros dibujantes que, desde que políticos y transugas de nuestro campo se han dado en desprestigiar a la Federación Anarquista Ibérica, con los fines inconcebibles que todos sabemos, ellos, los hijos putativos de Apeles, no tienen otro «asunto» que tratar que no sea el de ridiculizar a una organización que por su ética y la cultura de sus componentes, está muy por encima de todo ridículo y aún de los dibujantes mismos.

Ahora le ha tocado a Opisso el meterse con la F. A. I. Pero ¿de qué modo? De un modo lamentable para él, porque pone de manifiesto toda su incapacidad, toda su estulticia insuperables. Como todos los dibujantes al uso, «fusiladores» de originales extranjeros, Opisso sufre una crasa ignorancia de lo que es la F. A. I. y del valor moral de los hombres que la componen. ¿Qué saben esos desdichados de la anarquía? Y no saben nada porque sus mentalidades no les permiten llegar a asimilarse lo más rudimentario de esa filosofía, porque su ética está muy lejos de la ética ácrata y no llegarán a alcanzarla por más esfuerzos que para ello realicen.

En un número de «La Rambla», el aludido dibujante representa a la F. A. I. armada de puñales y bombas, como si se tratara de una agrupación de facinorosos o de un grupo de dibujantes. Hubo uno de ellos que la vio así y ya todos la ven de la misma manera, sin detenerse a considerar si esa visión es exacta o si es equivocada.

Pero lo más lamentable es que un «Bigre» (¡caramba!) haya caído en la vulgaridad de tan burda copia. Aunque esto se explica conociendo su inventiva, que brilla por su ausencia en todos sus dibujos.

«Bigre» y Opisso es la misma persona; es un decir. Esas dos firmas representan al mismo dibujante. Y todos sabemos que «Bigre» es un «manasturbador» indirecto de toda esa juventud obscena que lee los semanarios sicalépticos a los que el pseudo artista «vende» los partos de su «ingenio».

Ni Opisso ni «Bigre» pueden llegar al pináculo de la gloria con esas jamonas de pieles absurdas que publican en los aludidos periódicos. Menos aún, alcanzar una popularidad bien cimentada. Pero, puesto a dibujar barbaridades, le ha sido muy fácil pintar esas pistolas y bombas a los individuos de la F. A. I., armas que, sin duda, estarían mucho mejor en manos de algunos de esos copistas, por las razones que ellos saben y nosotros nos callamos.

¿Por qué habrá tenido Opisso la desdichada idea de hacer una «gracia» a costa de los anarquistas? No habrá sido por atraerse el público a la exposición que hasta hace poco ha tenido abierta. Porque no ha ido nadie a ver sus «geniales» refritos y no ha conseguido vender sino un dibujo, y éste por sorpresa.

Por otro lado, este dibujante tenía sobrados motivos para conocer a los anarquistas y saber que su moral es muy otra. Que recuerde cuando se manifestaba como «simpatizante» y frecuentaba nuestro trato. A nosotros nos consta que lo hacía porque le pagábamos sus «refritos» quizás a mejor precio que le habían pagado el «original» las empresas burguesas. Y también porque su lujuria mental de cincuentón se veía satisfecha sólo con mirar a nuestras jóvenes compañeras que, ingenuas, le colmaban de agasajos sin ver en él al sátiro propicio a todo refinamiento sexual, exportado de Francia, y si a un artista genial, cuando si de artista tiene poco, de genial tiene menos.

Si hubiera sido verdaderamente observador, si su inteligencia hubiera estado preparada para concebir las ideas grandes, habría podido comprender cuál es la moral de los anarquistas y habría roto su inmundo lápiz antes que dibujar esa infamia. Con ello habría dejado de cobrar cinco duros, pero habría ganado más, sin duda.

También otros dibujantes desconocidos arremeten contra la F. A. I., en esos semanarios misteriosos que quieren reemplazar a las «Hojas parroquiales». Todos ellos tratan el asunto con la misma ignorancia imperdonable e n hombres que quieren ser intelectuales y que no son ni siquiera inteligentes. Pueden esos señores que hacen el coro a los políticos y capitalistas, seguir tratando de desprestigiar a los anarquistas. No lo conseguirán a pesar de sus esfuerzos, porque nosotros nos hallamos a muchos codos por encima de ellos y su baba de reptiles les caerá en el rostro cuando traten de escupirnos.

Pero si alguno de esos forzados del lápiz, por una de esas incomprensibles casualidades de la vida, quisiera mejorar su ética y sintiera ansias de saber lo que es consciencia, queda invitado a beber en los cristalinis manantiales de la Anarquía, y a buen seguro que será más digno de llamarse hombre y no tendrá necesidad de apelar al dudoso ingenio ajeno para alcanzar un nombre dentro del arte, que, por desgracia para ellos, no saben cultivar.

A nuestro lado aprenderían muchas cosas que ignoran; sabrían de la ética más pura y llegarían a tener las manos encallecidas. Pero se limpiarían de los callos que hoy ostentan en sus corazones y en sus inteligencias. M. A.

Castilblanco

Pueblo hambriento que gime bajo la triple garra de la plutocracia, la Iglesia y la fuerza armada, Misericordia, pena incurrida, eterna e inhumana. Un día se desborda el ansia de mejoramiento en los indígenas. Y les sale al paso la Guardia civil, para acallar su hambre con las bocas de sus fusiles. El procedimiento, no por tiránico e inhumano, es menos indigno. Los obreros de Castilblanco, hartos de tiranías, exteriorizan su divorcio con la fuerza pública. Y calla en iras contenidas desde largo tiempo. Siendo para ellos los del tricorno el símbolo de la tiranía que hasta hoy han soportado, aplastan el símbolo y lo eliminan. El hecho viril de los obreros de Castilblanco indigna a la plutocracia. Sus víctimas ya se atreven con los defensores de sus privilegios. Y temen que éstos les van a ser arrebatados. Tiembla la plutocracia. El Gobierno participa de su terror y preside el entierro de las cuatro víctimas. Se inician suscripciones para las familias de los muertos; se ascienden a éstos dos grados en su empleo.

Es la menor recompensa que puede concederse a los que se sacrificaron por la patria.

La patria está integrada, en esta república, por burgueses, gobernantes y sargentotes. El triunvirato fatal: Dinero, Poder y Fuerza.

Y surge la funesta Guardia civil. En lugar del pan que solicitan se les da espléndidamente unas cuantas onzas de plomo. Tres obreros muertos y veinte heridos.

Se restablece el «orden». El Gobierno no asiste al entierro de las víctimas ni concede recompensa ninguna a sus familias.

¿Para qué, si son obreros? Bastante recompensa les ha otorgado con quitarles de enmedio. Ya no padecerán más hambre.

Arnedo

Otro pueblo hambriento y tiranizado. Está en huelga. Se soluciona ésta y los obreros celebran la solución con un mitin. Pero no tienen derecho a exteriorizar su júbilo.

Y surgen, una vez más, los funestos guardias del tricorno. La matanza es horrible, inculicable. Díjese un asesinato en masa. Diez muertos: obreros, obreras, niños. El número de heridos es incontable. La venganza de los gendarmes ha traspasado todos los límites del odio. Ensañamiento, alevosía. El abismo que separa a la Guardia civil del pueblo se ha ahondado hasta lo inconcebible. Ni aún llenándolo con los cadáveres de todos ellos puede ser borrado.

El Gobierno, por toda oración fúne-



Jeresa

Aldea misérrima y olvidada. Tres mil habitantes. Dos o tres «capitalistas», a lo sumo, que viven espléndidamente a costa de la miseria del pueblo.

Falta el trabajo. El hambre se agudiza y los obreros quieren y no o trabajo. Con los estómagos vacíos de alimento y los bolsillos también vacíos, acude el pueblo a las autoridades, en súplica de que sea aliviada su afflictiva situación.

bre, ratifica su confianza al benemérito cuerpo. ¡Viva la Guardia civil!

Es de suponer que este tríptico sangriento despierte la sensibilidad del pueblo. Es de presumir que no cese hasta la total extinción de su enemigo acérrimo. Porque en la cruenta lucha que se ha entablado ha de desaparecer totalmente uno u otro enemigo.

O desaparece la Guardia civil o desaparece el pueblo. No hay otra solución. M.

Dos tragedias Castilblanco y Arnedo

Vamos a olvidar por un momento la tragedia horripilante en que vive el pueblo siglos enteros; la tragedia del hambre, que cual garra implacable se clava en sus entrañas despiadadamente; la tragedia de la tuberculosis que le diezma; la de la opresión que le encadena; la tragedia del despotismo, de la plutocracia y la Iglesia, que le subyuga y esclaviza.

Y olvidamos la tragedia de las tragedias para ocuparnos de esas tragedias menores, pero monstruosas, por lo que revelan.

Se han ocupado prójimamente escritores bien pagados, de los que escriben en habitaciones con calefacción, de la tragedia de Castilblanco; no sabemos si aún tuvieron tiempo para ocuparse de la de Arnedo.

Tratando las cosas superficialmente, es decir, olvidando las causas y tratándolo sólo de los efectos, han llamado hábilmente a las puertas de la sensibilidad del pueblo, y es preciso, cuando tanto escritor de los que del periodismo, que debe ser un sacerdocio, hicieron manera de vivir, que también nos hagamos oír nosotros.

Cuando se habla de Castilblanco no puede olvidarse la causa de los sucesos, ya que éstos son la resultante de aquélla, y la causa no es única, como

por ahí se dice, no es la incultura, aunque también haya influido ésta, es el estado de opresión en que se tiene al pueblo, en los campos, por el imperio de la Guardia civil.

Hay que haber vivido en los pueblos para darse cuenta exacta del terror y el odio legendario, transmitido de generación a generación, lo que hizo explosión y motivó la tragedia de Castilblanco.

Que el ensañamiento es un acto de salvajismo es sólo una verdad a medias; es un acto de paroxismo determinado por el estado anímico en que se halla el pueblo, y es preciso, cuando tanto escritor de los que del periodismo, que debe ser un sacerdocio, hicieron manera de vivir, que también nos hagamos oír nosotros.

Las madres asesinadas con sus hijos en brazos por la Guardia civil es el germen que fecunda el odio, y mañana, no sabemos dónde ni cuándo, habrá nuevamente otros y otros Castilblancos...

Somos harto frágiles de memoria y cuando mañana se reproduzca la tragedia «en un nuevo Castilblanco», ya nos habremos olvidado de Arnedo, como al producirse la del pueblo de Badoz ya nos habíamos olvidado que en poco más de ocho meses de régimen republicano cayeron, bajo las balas de la Guardia civil en su mayor parte, 124 trabajadores.

Las tragedias, para que dejen de

El «Alma de España» contra los españoles

Lo ocurrido en Arnedo sabemos que tenía que acontecer. Presentamos que había de suceder en Arnedo o en otra parte de España. El principio de autoridad, el «honor» del benemérito cuerpo así lo exigía. Después de lo de Castilblanco debía de suceder lo de Arnedo. El benemérito cuerpo no había de dejar de tomar venganza cumplida de la muerte de sus cuatro compañeros. Era obligado y no nos ha sorprendido, porque sabemos el concepto que del honor tiene la Guardia civil.

Pero, francamente, creemos que los gendarmes se han equivocado. No han tenido la picardía siquiera de disfrazar su cruel venganza y se han lanzado al asesinato sin tregua ni medida.

Lo ocurrido en Arnedo no tiene justificación posible. Se han asesinado a mujeres y niños, fríamente, porque eran seres indefensos y se entregaban a una expansión de júbilo que los guardias civiles no podían ver con buenos ojos.

El «Alma de España», el archibenemérito cuerpo, tenía ante sí la visión de los guardias que cayeron en la región extremeña. El júbilo de los obreros había de ser para los guardias de Arnedo como una ofensa a sus penas. Y el odio desbordó en sus pechos, sus fusiles hablaron y se cebaron en las inocentes víctimas caídas.

No podía ocurrir de otra manera; no debía suceder de otra forma. Así, el ya maltrahado prestigio de los tricornos, defensores de la tiranía, ha terminado de derrumbarse por completo. Ya no será posible a ningún general alcohólico volver por sus fueros. España entera se alza hoy contra esa institución odiosa que aresina al pueblo impunemente, cuando se dice que fue creada para defensa de ese mismo pueblo que es su víctima.

La Guardia civil debe ser licenciada inmediatamente. No son modificaciones lo que admite ese cuerpo odioso y odiado por todos. Porque las modificaciones en su Reglamento no modificarán la ética de sus individuos, y sus instintos seguirán impulsándolos a nuevas matanzas, que se multiplicarán de día en día.

España debe perder su «alma» para conservar su anhelo. Esa «alma» desalmada que mediatiza el poder y comete toda clase de desafueros que los hombres de honestos sentimientos han de repudiar.

El pueblo pide la extinción de ese cuerpo de muerte, de esos hombres disfrazados de gendarmes. No quiere más mascaradas sangrientas. Y si no se da satisfacción al pueblo en sus justas demandas, nadie se extrañe de que la oración se vuelva por pasiva y sea el pueblo el que elimine, por su propia mano, a su mayor enemigo.

El Gobierno tiene ante sí este dilema: o da satisfacción al pueblo; o provocará una guerra civil, en la que caerá, a no dudarlo, la Guardia civil y la República.

En verdad, no deseamos que corran ríos de sangre; pero, si ello es preciso, todo es preferible a que el pueblo siga expuesto a las iras de unos fusileros uniformados y de unos gobernantes tan poco escrupulosos como el «Alma de España».

Ateneo Libertario del Clot

Se convoca a todos los socios y simpatizantes del mismo, a la Reunión General que se celebrará en nuestro local Meridiana, 128, el jueves día 14, a las nueve de la noche, para tratar del siguiente orden del día:

- 1.º Bar cuenta de los gestiones realizadas en el Ateneo.
 - 2.º Renovación total de Junta.
 - 3.º Necesidad de nombrar un recaudador.
 - 4.º Asuntos generales.
- Recomendamos la puntual asistencia de todos.

Tierra y Libertad

Redacción y Administración:
4.º AGRUPACION DE VIVIENDAS
CALLE 7, NUMERO 43
NORTA. — BARCELONA

producirse, no hay que seguir incubándolas; pero mientras haya parques de María Luisa, Jefaturas de Policía de Barcelona, caminos de Pasajes, Epilas, Jerez y Arnedo, también seguirá habiendo Castilblancos.

F. BENITO

El aborto político

Experimentamos una gran repugnancia contra toda la labor que han llevado a cabo nuestros adversarios, criticando nuestra disconformidad por la república que padecemos.

Porque nuestra actitud está plenamente justificada. Los republicanos—valga la frase—que hoy detentan el poder, no hicieron sino engañar a la masa que se dejó embaucar por ellos. A nosotros, sin embargo, no nos engañaron. Y prueba de ello es el mitin anarquista celebrado en la plaza de toros de Barcelona, poco después del famoso 14 de abril.

Algunos, ante la borrachera republicana, nos calificaron de perturbadores, aun cuando pusimos de manifiesto de modo claro, las persecuciones sistemáticas, los asesinatos colectivos de obreros, llevados a cabo en otras repúblicas parecidas a la que nos ha sido adjudicada por obra y gracia de la fatalidad.

No obstante, creyendo nuestro deber, por el bien de todos, desenmascarar a los dirigentes, nos vemos precisados a protestar con toda energía por las matanzas que previnimos a su debido tiempo, ya que bien palpablemente está demostrado que esta república en nada se diferencia al régimen fascista italiano. Prueba evidente de nuestro aserto es la aplicación constante de la ley de Fugas, las detenciones en masa de obreros llevadas a cabo y las prisiones gubernativas que, lejos de caer en desuso con la implantación de la república, han sido llevadas hasta el abuso más inculicable.

Es indudable, pues, que la opresión sigue su curso y que el pueblo se ha visto defraudado ignominiosamente. Los socialistas son los amos absolutos de la nación y ciego ha de estar el que no haya visto el fracaso del socialismo en todos los pueblos del mundo donde han intentado escalar el poder, para no comprender que siendo ellos los mangoneadores del gobierno de España, han de llevarla a su total ruina. Con este fin sin duda, han declarado la guerra a la C. N. T., de la que temen la verdadera revolución que ha de terminar de desprestigiarlos. Pero, está en la conciencia de todos que esa revolución no podrán evitarla ni los socialistas ni los republicanos vergonzantes que hoy ocupan el poder. Será, a no dudarlo, una revolución que hará convertirse en realidades las reivindicaciones que el obrero necesita. Porque la masa que todo lo produce y de nada disfruta, está ya plenamente convencida de que, con república y todo, continúa siendo la materia explotable para los patronos, la carne de cañón para el Gobierno.

Únicamente la revolución que los anarquistas preconizamos podrá dar fin con el actual estado de cosas y, con el comunismo libertario, que cada día se ve más próximo, eliminará el dominio de unas castas sobre otras y resplandecerá la verdadera justicia e igualdad que estos republicanos hechos de prisa nos han prometido, y que no pueden ni quieren darnos, porque ello significaría la pérdida de su ventajosa posición en la vida.

FRANCISCO DURAN ANSEJO